

HACIA UNA NUEVA GENERACIÓN DEL 98: CIENCIA, TECNOLOGÍA Y SOCIEDAD AL BORDE DEL SIGLO XXI. UN MANIFIESTO (ENERO 1998)

CARL MITCHAM Y ANDONI ALONSO
Pennsylvania State University (USA)

Hace cien años la generación de 1889, entre los que contaríamos Ganivet, Unamuno, Maeztu, Baroja, Machado y Azorín, presentaron en España un nuevo discurso sobre la cultura y el progreso. Este discurso manifestó una actitud crítica, aunque quizás ambigua, la cual, a pesar de haber sido abandonada, merece la pena reconsiderar.

Merece la pena contestar a la Modernidad, especialmente por su alabanza acrítica de la ciencia y tecnología modernas. Ciertamente el moderno espíritu crítico debería dirigirse no meramente en contra de los restos de las tradiciones que quedan en nuestro centro o que todavía perviven en la periferia de la expansión que la democracia tecnocientífica y del mercado libre, de la cual se afirma que señala el final de la historia. Dados los errores que han provocado el comercio mundial y mediático y la vida digital liberal, incluyendo en ellos desde la destrucción del medio ambiente a la superficialidad cultural, ¿acaso no se requiere una teoría crítica sobre la fe moderna en la ciencia, la tecnología, el comercio internacional, . . . e Internet?

Tal como los de la generación del 98 fueron los pioneros de una reflexión crítica de ciertas experiencias peculiares de la primera mitad del siglo XX, tales como la estupidez y venalidad de la guerra hispano-americana, el colapso y la especulación económica, y las pretensiones de la estética modernista, de la misma manera se ha de promover una nueva generación del 98, repitiendo el espíritu creativo de su precursora, promoviendo una saludable reflexión sobre las hegemónicas asunciones de la ciencia, la tecnología y la sociedad, las cuales constituyen la construcción de nuestro presente social y cultural.

La intuición esencial de la generación del 98 podría resumirse así: los problemas sociales y económicos se subordinan a los culturales y espirituales. En un mundo en el que la investigación científica y el

desarrollo tecnológico se proclaman como los medios necesarios para resolver todos los problemas sociales, desde el desempleo y la superpoblación, a la crisis del sida o al cambio climático global, las múltiples dimensiones de estas intuiciones de diversas facetas de la generación del 98, merecen ser rescatadas y re-examinadas.

Consideremos por lo tanto las siguientes ideas:

EL HOMBRE DE LAS DOS CARAS O MÁS.

En su breve narrativa fenomenológica, *El mundo soy yo o el hombre de las dos caras*, Ganivet ofrece una exploración presciente de la experiencia contemporánea. El paseo por diversas zonas de Madrid, que llena de furioso disgusto a su protagonista, se transforma, al volver sobre los pasos, en un espectáculo de placer y excitación. Una transformación pareja parecería aplicarse no sólo a las reacciones contemporáneas ante fenómenos del siglo XX como la II Guerra Mundial, otrora una experiencia terrible y ahora se ha convertido en películas de acción para los videoclubs, sino también a la destrucción medioambiental, otrora un desastre y ahora la oportunidad para una administración de alcance global unida a la comercialización mundial de tecnología de energías alternativas. Todo ello equivale, sin embargo, a una completa transformación de la sensibilidad moderna a la posmoderna.

Piénsese por ejemplo en la invención de las técnicas de reproducción asistida, desde la inseminación artificial a la fertilización in vitro, o la congelación de embriones humanos, y las madres de alquiler. En cada caso se puede percibir cómo la opinión pública ha cambiado, en períodos de tiempo relativamente cortos, de un rechazo horrorizado a una aceptación reticente, para finalmente ofrecer su entusiasta apoyo.

Ahora, más rápidamente que nunca, las reacciones públicas ante la posibilidad de clonar humanos se ha inclinado desde el rechazo crítico a consentir la experimentación. En los Estados Unidos, la clonación humana, que primeramente fue el objeto de un rechazo lleno de espanto, articulado por el presidente de la nación, se discute en la actualidad en términos tales como si acaso esto no formará parte de una legítima libertad. ¿Puede ir Europa más lejos de lo que ahora va Estados Unidos?

¿No deberíamos preguntarnos a nosotros mismos justamente la clase de preguntas que la historia de Ganivet señala, sobre tales cambios de actitud hacia nuestra tecnología? ¿Qué significa esta fragmentación temporal del yo, tal que tiende a acomodarse a lo que primeramente rechaza?

IDEARIUM DE TECNOCIENCIA.

Uno de nuestras preocupaciones actuales más extendidas se encuentra en la primacía dada a las cuestiones económicas. El eslógan nuestro de cada día reza: "El socialismo no funciona . . . ¡Dejemos al mercado decidir!". Cuando se aplica a la tecnociencia, se reinterpreta de esta manera: "Los españoles no deben otorgar subsidios a la agricultura porque esto perjudicará a su economía. Los suizos no deben limitar la biotecnología, porque desterrarán de su país a la industria farmacéutica. La Organización Internacional del Comercio debería forzar a Japón a abrir sus mercados. Dejemos que los mercados libres decidan sobre la agricultura, la farmacia y los ordenadores, que determinen lo que producimos y quiénes lo producen. Mejor aún: déjense la agricultura, biotecnología y ordenadores libres para que, con un desarrollo sin impedimentos, la humanidad se convierta más productiva en lo agrícola, más sana productivamente, y más conectada electrónicamente.

Pero . . . ¿ello no significa abdicar de las responsabilidades que como seres humanos tenemos que ejercer, estableciendo alguna norma sobre las leyes que nos gobiernan? Hoy en día, la tecnoproducción y el consumo constituyen el Estado de forma similar a como las leyes lo constituían y gobernaban en el pasado. ¿Tiene el generalísimo Franco que dejar paso a nada más que a un generalísimo tecnocratismo?

Más aún, tal como Ganivet sabía, no sólo son las condiciones materiales las que deben determinar si aceptamos la nueva constitución del Estado. Los relatos que nos contamos a nosotros mismos acerca de *nuestra* historia tienen una importancia decisiva a la hora de ver cómo se transmiten desde el presente al futuro. Contra los triunfalistas relatos del materialismo y la ciencia y la tecnología que nos han contado la academia científica, por medio de sus libros de texto y de los medios de comunicación, debemos disentir para poner luego en duda las "ideas madre" de la tecnociencia.

"¡QUE INVENTEN ELLOS!"

"¡Que inventen ellos!" dijo una vez Unamuno, lo cual le llevó a ser difamado muchas veces. "Viejo, ¿quieres volver a la Edad Oscura? ¿No te importa no compartir lo que la civilización europea construyó con la ciencia? ¿Quieres que España permanezca para siempre como un apéndice peninsular de la grandeza de Europa, una Europa que ahora pertenece al mercado global?"

Pero tras un siglo de invenciones, un siglo donde se inventaron cosas como los secadores de pelo, los aviones, la radio, el sujetador, las cadenas de montaje, el pan de molde, las televisión, y las cenas con televisión, las píldoras anticonceptivas, incluida la RU-486, los transplantes a embriones, y los niños probeta, los cohetes y satélites, el transistor, el juego "Lego", las carreras de fórmula 1, los videojuegos y los ordenadores ampliables anualmente de los cuales no tenemos necesidad alguna pero igualmente tenemos que pagar, por no incluir las sillas eléctricas, el gas mostaza, los campos de concentración, la bomba atómica y las armas biológicas ¿no queda lugar en un siglo como éste para desterrar al espíritu inventivo? ¿No ha llegado el momento de que alguien diga "Dejad que inventen ellos", o por lo menos que sean ellos quienes hagan *ciertas* invenciones? ¿No es más noble, incluso más racional al menos para ciertas gentes decir: "Tenemos suficientes inventos. A nosotros nos basta con aprender a estarnos quietos y disfrutar del tranquilo placer de la vida que tenemos?"

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA TECNOLOGÍA.

Tal como Unamuno lo presentó, el sentimiento trágico nace de la contradicción vivida. Para el propio Unamuno, la experiencia más vivida de tal contradicción se daba entre la fe y la razón, pues ambas reclaman un absoluto sobre el alma. Su argumento central consistía en que existe un fallo existencial y filosófico para encontrar la resolución de tal problema, pues al hacerlo, niega una o la otra. Por contra, uno debe sufrir activamente e incluso afirmar tal contradicción. Hacer otra cosa, rechazar una o la otra como si una de las dos fuera ilusoria, es inauténtico, irreal, una mentira.

¿No es este sentido trágico el que también se encuentra en la tecnología, que es asimismo necesaria y mala?, necesaria pues, ¿cómo

podrían los seres humanos vivir sin ella? o ¿cómo podrían regresar a una época con una tecnología más simple, y al mismo tiempo mala pues ¿no destruye la armonía y belleza de la naturaleza? ¿no deshumaniza, aliena y trivializa la existencia humana? ¿Es esta obscena afirmación de que la tecnología funciona como la religión civil de Occidente en el fondo una mentira, algo inauténtico, irreal?

Aunque el luddismo resulta ciertamente imposible, el cínico abuso que acumulamos contra los críticos de la tecnología ¿no revela nuestra propia inseguridad e irracionalidad? ¿No sería más humilde y honesto reconocer que esos críticos tienen al menos un margen de verosimilitud, y en consecuencia intentar luego establecer propuestas en vez de negar el sentido trágico de la tecnología? ¿No es posible imaginar la integridad de un nuevo "agonismo" técnico, una real agonía de la tecnología?

Y ¿a qué se parecería una vida como esa? ¿Acaso no nos ofrece Unamuno una pista en su *Vida de Don Quijote y Sancho*? Realmente, deberíamos abrir un espacio, en nuestro mundo de alta ciencia, no sólo con la realidad virtual, sino también con un quijotismo virtual. Después de todo es posible que los molinos de viento en los que confiamos sean más frágiles de lo que creemos, frágiles en aspectos que ocultamos tras las mofas y befas dirigidas a toda aquél que practique el arte del Ingenioso de la Mancha.

Tal vez debamos volver a fijarnos en la humilde "intrahistoria", lejana de esa épica de la era global, que ha destruido y arruinado la bella arquitectura vernácula, que ha hecho que Bombay, Madrid o Estocolmo tengan idénticos barrios. Tal vez debamos recuperar ese mundo de lo pequeño, que las grandes autopistas han cercado y quieren engullir.

SOCIALISMO Y ESPÍRITU.

Desde luego hoy en día, en la Europa "pos-socialista", debemos admitir la prognosis crítica de Maeztu contra el socialismo. Seguramente también su miedo al triunfo del tecnocapitalismo y su propia debilidad interna, cosa que le llevó a sufrir la tentación del capitalismo, merece alguna consideración en la actualidad.

A finales del XIX, abrazar el socialismo pudo haber representado un acto radical. A lo largo del XX, el maridaje con éste se volvió progresivamente irracional. Ya en 1895, Unamuno anticipó esta emergen-

te intuición. Maeztu reaccionó desafortadamente y le atacó por desertar de la causa. Durante veinte años y por medio de al menos dos libros, trató de erigir el socialismo más racional y moderado; el británico de los gremios con su versión fabiana. Tras un viaje a Norteamérica, se enamoró del capitalismo yanqui. Cuando, como teórico del espíritu hispánico, se volvió un defensor del fascismo, se trataba tan sólo de completar una autobiografía envuelta con los tres movimientos políticos centrales del siglo. Su oculta ejecución a manos republicanas puede ser interpretada como una muerte simbólica.

¿No es posible aprender de su paradigmática vida política algo acerca de cómo poner en duda todas las ideologías políticas que oscurecen el horizonte con sus pretensiones de legitimidad? Sólo porque el ala izquierda del anarquismo, basado en la solidaridad y cultura sociales, se ha vuelto un puro deseo ¿estamos obligados a abrazar el ala derecha del anarquismo, que se basa en el mercado libre y la economía sin reglas?

EL ÁRBOL DE LA CIENCIA Y LA TECNOLOGÍA.

El árbol de la ciencia y la tecnología no produce solamente la fruta del saber, bien sea la buena o la mala. Tiene también la semilla, cultivable con la técnica, de lo bueno y lo malo. Cuando en el curso de la historia se combinan el saber y la técnica, el árbol hibridado es la tecnología que sintetiza un mundo de plantas y animales artificiales.

De todos los miembros del 98, quien tuvo la más profunda relación con la ciencia y la tecnología fue, sin duda, Baroja. Y sin embargo, fue este mismo, quien, a pesar de ciertas y ocasionales alabanzas retóricas a la ciencia, expresó el escepticismo más consistente hacia las ideologías tecnocientíficas.

El ciclo de Silvestre Padadox bromea gentilmente con nuestra fascinación con lo científico-tecnológico. Las novelas del inquieto vagar barojiano muestran a las claras, y repetidas veces la insatisfacción producida por nuestro artificio intensificado. Sin duda, en la inquietud y gran imaginación de Baroja ante los progresivos cambios técnicos y científicos del mundo español, hay algo ejemplar y revelador. Para nosotros, cuando las mismas fronteras de nuestros cuerpos se vuelven porosas, cuando nos volvemos cyborgs físicos y espirituales ¿no queda ya espacio para esa insatisfecha inquietud, no queda más espacio que el de las inversiones para empresas y marketing o el entretenimiento y

la excitación provocada por la CNN y navegar por las redes? ¿Se transformará la abulia en nada más que tomar drogas o disfrutar de placeres meta-técnicos?

Lo que queda como mundo ¿se convierte, primero en una invitación al nihilismo, luego en algo artificial, y finalmente en algo virtual? ¿No es, tal como descubrió Baroja mucho antes que Emmanuel Levinas, y en varias ocasiones, lo más primordial la integridad de la ética? Lo que se pierde con el artificio no es meramente las creencias tradicionales y el consuelo que ofrecen, sino también formas de vida completas, pérdida ésta que sólo se respeta al recobrar lo íntimo. ¿Deberemos inventarnos otro imaginario País del Bidasoa, y cantarlo antes de que todos los caseríos estén conectados con fibra óptica y ya no haya espacio alguno para lo íntimo?

ANTIESTÉTICA.

Si la ciencia nos tienta con el conocimiento, la tecnología lo hace con la estética. Nadie resistió las seducciones de lo estético más enérgicamente que Machado con la poesía, la cual se supone como adecuada para cumplir ella misma el papel de árbitro de lo sublime, aunque vacío del artificio. La antiestética del posmodernismo que reemplazará la evaluación estética de la socialmente responsable modernidad, no es más que una vana aspiración hacia las libertades humanas, al margen de la ascética disciplina de Antonio Machado.

Según Machado, lo que tiene más solidez es la vida fuera de la ciudad, el campo y sus gentes. En una carta a Unamuno, escribe: "el artista debe amar la vida y odiar el arte". Su rechazo a la "España de charanga y pandereta" en pos de la "España de cincel y maza", dirige, con toda certeza, preguntas sobre nuestra vida en la pantalla, en el cine o en la televisión, en la pantalla de video interactivo, donde en el ciberespacio, los "avatares" digitales practican juegos sin sentido.

EL PELIGRO.

La pregunta que nos lanza Azorín sobre el último peligro, ¿no tratará acaso sobre la inconsistencia o el acomodamiento? A lo largo de una vida plena de una obra experimental, con el periodismo, la crítica social, los estudios literarios, las novelas, los relatos, Azorín realiza

diversas encarnaciones de dos actitudes, esencialmente inconsistentes. Una muestra el criticismo radical a la España tradicional, a la España del pasado y campesina, a la vez que pelea con el "problema de la lucha entre el pensamiento y la acción". La otra descansa en un elogio descriptivo de la belleza tranquila, la fuerza y el poder que ahora está siendo abandonado, que se está perdiendo, destruyendo. En una de ellas castiga la opresiva agonía de saber que "todo es uno y lo mismo", en la otra levemente evoca los "hechos microscópicos reveladores de la vida". Su anarquismo y bohemia aspiran hacia un brillante cambio, su paisajismo observa que el suelo de España "no sólo produce frutos espléndidos, sino que ha formado también un ideal finísimo".

Después de la Guerra Civil, por contra, abandona semejante inconsistencia. "In hoc signo vinces", es el lema bajo el cual interpreta la señal de los tiempos, viniendo a ser uno de los que encuentra apropiado abandonar, incluso renunciar a otras tempranas afinidades conflictivas. La acomodación con el nuevo régimen le otorga numerosos premios, aunque no los de aquéllos quienes, con sus propias inconsistencias, nutren una nueva vida. Como San Pablo nos dice: "de qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde su alma... y la de los otros?".

Sí, es peligroso no apreciar los logros de la ciencia y la tecnología, pero ¿qué hay realmente de provechoso en alabar lo ya que otros hacen respecto a estas mismas cosas? El rico y seductor, junto con sus profetas, siempre "estará con nosotros", y tenga cada cual con sus "quince minutos de fama".

HACIA UNA NUEVA GENERACIÓN DEL 98.

La repetida estigmatización de la generación del 98 durante gran parte del siglo XX cuenta más acerca de nuestro siglo que de dicha generación. Respecto a la ciencia y tecnología, nos indica cómo no hemos sido llevados, voluntariamente, a contemplar, ante nuestros ojos, la realidad de nuestras elecciones, cómo no hemos sido capaces de darnos cuenta de nuestros espejismos, cómo hemos sido inhábiles para reconocer los límites, riesgos y superficialidades de nuestras vidas.

En este contexto, tres temas han de cultivarse para una nueva generación del 1998, a fin de presentar para el siglo XXI un nuevo discurso sobre la cultura y el desarrollo. Estos serían dichos temas:

1- El reconocimiento de lo que se ha perdido, de las profundas pérdidas inherentes a las transformaciones tecnocientíficas sobre la cultura material, sobre el comportamiento, e incluso sobre nuestros propios cuerpos.

2- La reafirmación, en nombre de la naturaleza humana y la verdad espiritual, de los límites que tiene antemano de nuestro ilimitado anhelo tecnocientífico, pero,

3- la aceptación activa de una lucha vivida con las contradicciones de la condición post-humana, post-natural, en la que ahora nos encontramos a nosotros mismos.

Dentro del espíritu de tal generación, sin embargo, tales cuestiones no pueden entenderse como parte de un programa de reforma y crítica social, sino como una intuición personal, y como parte de una conversación personal y viva. A la sombra de nuestros poderes tecnocientíficos y culturales, resulta ingenuo e incluso autodestructivo creer en términos de un cambio social a gran escala. Debemos aprender a vivir de nuevo, simplemente con amigos, y por lo tanto cultivar un "ethos" que pueda animar tanto a una fuerte ética y un entendimiento profundo.

Si alguna vez, la ética autosuficiente del análisis utilitario basada en el riesgo, el costo y el beneficio, a la par del vano entendimiento otorgado por la racionalidad tecnocientífica han de ser retados por un compromiso más noble y por mentes más capaces, el espíritu de la generación del 98 puede ayudar a encontrar el camino.